

tan en ángulo recto y en las que se substituyen recíprocamente estrechos barrancos y fáciles valles, que han sido anteriormente lagos. Pero el terreno fué expuesto á erosiones por tan largo tiempo que se llenaron los lagos é hicieron desaparecer las desigualdades de los barrancos, de manera que todos los ríos son navegables, y en su mayoría hasta cerca de sus fuentes.» Lo mismo dice Richthofen de la provincia de Hunán, donde tantos ríos son navegables por la misma causa.

El antiguo camino interior desde Nankín á Cantón, el más importante del colosal imperio, además del canal imperial y el Yan-tse-Kiang, se vale en parte de los afluentes. A pesar de las muchas líneas de vapores ahora existentes, seguirán los chinos sirviéndose con preferencia de ese camino por mucho tiempo.

No es de extrañar que desde 600 años antes nuestra era hasta 1851 el Hoangho haya cambiado de embocadura ocho veces, y, ora reunido con el Yan-tse-Kiang, ora separado de él, ó bien más allá de la cordillera peninsular Chantung, ó ya en el centro, haya por fin encontrado un camino al mar, corriendo por el cauce del Tatsig. Los chinos estaban entonces menos adelantados en la ciencia del ingeniero que en las artes mecánicas; construyeron diques á lo largo del río, pero incurrieron en un grave error queriendo disminuir la masa de sus aguas, pues ignoraban que los canales de derivación disminuyen tan sólo la rapidez, pero no el caudal de un río. El Yunnan es la única provincia aislada hidrográficamente; pues la mayoría de sus ríos tiene fuerte pendiente y cauces profundos, á manera de barrancos. Sin embargo cuenta dicha provincia con una vía acuática principal, que llega casi hasta su centro atravesada por importantes caminos comerciales.

Menos favorecida es la China por lo que respecta al desarrollo de sus costas. Al Norte del Yan-tse-Kiang no hay buenos puertos, y los pocos fondeaderos se van obstruyendo visiblemente á causa de la considerable formación de sedimentos, que se efectúa en el golfo del Petchili y en el mar Amarillo. Los chinos del Norte no tienen nada de marinos. La China central y la del Sud poseen en cambio numerosos y buenos puertos, y los navegantes chinos casi todos pertenecen á esas regiones, especialmente á los distritos de Cantón, Amoy, Ningpó y Futchú. La costa es rica en lagunas y albuferas. El país no posee muchos lagos interiores de gran extensión, pero el Pojang tiene una enorme superficie de agua, muy peligrosa en las tempestades. Parece un mar. Innumerables botes le cruzan por todas partes, y tan sólo unos islotes de bambúes flotantes recuerdan que es un lago interior.

El clima de China es sumamente benigno. Aunque en el continente haya cambios de temperatura notable (en Pekín baja el termómetro en invierno á 29,8 y sube en verano hasta 25°), las abundantes lluvias de la monzón, que siguen á la primavera templada y seca, le dan, por decirlo así, un carácter tropical, y no sería posible pensar en el cultivo del arroz y del te sin el copioso riego del verano.

Las islas japonesas rodean el mar á manera de arco vastísimo, cuyo extremo Norte llega á la de Sakalín y se junta con las Kuriles, mientras el extremo Sud se inclina á Corea y la serie de las Linkiu avanza hacia Formosa. El punto más próximo del continente es Corea, que en la historia aparece como el puente por el cual el elemento fundamental chino de la civilización japonesa se abrió su camino á Nippón y Kiusiu, atravesando Tsuchima. La mayoría de las islas japonesas consiste en un terreno montuoso de formaciones antiguas, con cumbres volcánicas, la más elevada de las cuales, el Fusiyama (3.748 metros) ocupa lu-

gar preferente en el arte, la tradición y las creencias de los japoneses. Los estrechos que separan entre sí á dichas islas son fáciles de cruzar. Ninguna de ellas tiene un río navegable por barcos de gran calado. El tráfico se efectúa casi siempre por caminos de costa y por medio de pequeñas embarcaciones de cobotaje. El paisaje en estos sitios suele ser sumamente hermoso. Collados cubiertos de bosques se prolongan á veces hasta la orilla del mar, en otros puntos forman el fondo de los campos de arroz, elevándose en escarpadas plataformas de color verde claro. En los valles, formados á manera de barrancos, se ocultan innumerables aldeas. Pero esta costa es peligrosa á causa de las tempestades y las corrientes, aunque más rica en puertos que la de la China septentrional. En el invierno soplan en el Occidente del Japón tan impetuosos vientos del Norte que el tráfico se paraliza durante meses enteros.

El territorio de la flora chino japonesa abraza el país del Amur hasta Sikiang y en el interior hasta Kuku Nor. La mitad meridional de Sakhalín, las Kuriles y la cadena de islas desde el Japón hasta Formosa. Comprende un mundo de plantas, principalmente de formas norte asiáticas é indias, verdaderamente admirables. La abundancia y variedad de los gigantes arbustos son análogas á las de los países tropicales. El número de árboles y plantas, en el Japón, está en proporción de uno á tres con respecto á los demás productos; descolando entre ellos los laureles, los bambúes y los árboles resinosos. Entre estos últimos los pinos y los abetos se parecen por sus formas á los del Norte, los cipreses y los cedros á los de los países bañados por el mar Mediterráneo; pero los llamados *gingko* y el *podocarpus* son especiales, de hojas muy anchas, y no se encuentran en ninguna otra parte. Los árboles de hojas permanentes están representados por muchas variedades. Entre los de hojas caducas, los más numerosos son los alerces, las hayas, los olmos y los castaños. Entre los arbustos son tan numerosas las camelias, que de ellas procede el nombre del imperio, y después de éstas vienen los rododendros y los bojales. La planta del te es notabilísima; las magnolias llegan hasta Jesó, el pisang hasta Chusán. Los arbustos no forman espesuras ó setos, sino verdaderos bosques, que miden hasta diez metros de alto. Las palmeras llegan hasta Tchekiang y Yedo, así como el *panax* y el *fatsia*, del cual se saca el papel. El límite de los bosques llega en el Fusiyama á 2.600 metros de altitud. El conjunto de las variedades de ese territorio se puede calcular, como el europeo, en 6.000. De toda la superficie del reino del Mikado, una novena parte tan sólo está cultivada. La causa de ello se puede atribuir á las condiciones políticas que imperaban en el país antes de 1868, pues el gobierno del Shogún, á fin de que no creciese demasiado el poder de los daimios, exigió la separación absoluta de las propiedades de estos últimos, estableció únicamente un escaso número de caminos públicos, y éstos casi todos con objetos militares, y por fin decretó que los campos, que eran propiedad del príncipe, no pudiesen ensancharse. La limitación del cultivo en un terreno reducido, que debía por esta misma razón aprovecharse todo lo posible, fué la consecuencia de tales medidas y quedó disminuído hasta lo sumo el producto destinado á la venta. A esto se añadió que sólo aumentándose extraordinariamente el producto en el terreno concedido, era posible pagar el tributo (de 50 á 70 % de cada cosecha); la falta de pago de este tributo era castigada con la degradación hasta la ínfima clase del pueblo. La vida especial, casi vegetativa de la población, debía ser causa de que ésta se dedicara con preferencia al cultivo de hortalizas. Los bosques tienen grandísima extensión en el Japón.

Las grandes ciudades están rodeadas de árboles como si se hallaran colocadas en océanos de verdura, y en la vida del japonés el bosque, las hojas y las flores ocupan un lugar preferente, lo que no sucede en otros pueblos de Asia. Las nuevas estadísticas estiman el terreno ocupado por bosques en un 41 %, lo que unido á las praderas desiertas, que se calculan en 37 %, forman un 78 % de terreno inútil para la agricultura. Esta floresta vastísima no es exclusivamente el producto de la naturaleza: casi la mitad de ella consiste en plantíos, establecidos para aumentar el material de construcción, y esta medida fué tomada mucho antes de que en Europa se pensase siquiera en ello. Las plantaciones comprenden un gran número de árboles resinosos.

En el Norte de China casi no hay bosques hasta llegar á montañas inaccesibles, y los chinos tienen muy pocos plantíos de árboles frutales; hasta la madera para hacer los ataúdes se debe sacar de otros países. Los chinos han sido muy favorecidos por la suerte, pues mientras en el Asia del Sudoeste y probablemente también en la central, la destrucción de los bosques ha tenido por consecuencia la falta de lluvias y la esterilidad, no tuvo semejante resultado en China. Las lluvias han disminuído, pero son aún muy abundantes, y bastan para mantener todas las provincias de China en un estado sumamente fértil. En el territorio del Yan tse-Kiang, Cooper vió los primeros árboles, desde que salió de Hankeou, y eran un par de pinos. Algo más abundantes en bosques son algunas comarcas del Sud, donde hasta las cordilleras cerca Ningpó tienen varios montes cubiertos de hermosos bosques, que consisten casi únicamente en *Pinus sinensis*, *Cryptomeria japonica* y *Cunninghamia lanceolata*. Uno de los árboles más elevados es el bambú, cuyas ramas son un preciosísimo material para diferentes usos. La ligereza, la flexibilidad y la robustez son sus principales cualidades. El bambú, después de la seda y del arroz, representa un papel preferente en la industria y en la vida; es uno de los productos naturales de más provecho en la China, más importante todavía que el de las minas. El bambú crece muy rápidamente, á veces medio metro en 24 horas. El mijo dulce es también muy útil, y se cultiva mucho en las partes más elevadas; los tallos sirven para combustible, y de las semillas se saca buen aguardiente. Pero el arroz le lleva siempre la ventaja, aprovechando, como planta de verano, todas las favorables condiciones del clima caluroso de China. Además del cultivo de cereales y del te, que falta completamente en Corea, los chinos cuentan 70 clases de morales para alimentar los gusanos de seda. Hay muchos melones y sandías.

Las patatas prosperan, y hay muchas plantas para fabricar papel (*Brcussonetia*, *Aralia*) y añil en tres variedades. En la China no tan sólo no se exporta arroz, sino que á veces se importa de la América del Norte.

China es rica en minas de bronce y carbones minerales. Hay que recordar también el cobre, el zinc, el estaño, el níquel, el oro y el ámbar amarillo. Es extraño que los chinos no se hayan dedicado á tales explotaciones con la paciencia y asiduidad que mostraron en otros trabajos menos provechosos. Richthofen dice «que Chansí es uno de los más importantes territorios del mundo en punto á minas de hierro y carbón mineral. Algunas de las provincias del Norte y centrales son extraordinariamente ricas en carbón mineral, entre éstas Petchili, Chansí y Hunán; en el Sud Setchuán especialmente encierra un gran número de dichas minas; hay también muchas de bronce ferruginosos. El Japón abunda también en carbón mineral

y en hierro, pero tiene mucho menos oro y plata de lo que se creía en vista de las relaciones de Marco Polo y Kämpfer. Sólo el cobre existe allí en grandes cantidades.

## CAPITULO II

### TRIBUS MONTAÑESAS DEL ASIA SUDORIENTAL

«Razas primitivas que corresponden á la idea que se suele tener de los salvajes.»

H. DE SCHLAGINWEIT.

Ojeada general. — Restos de antiguas poblaciones en la China. — Los chanes en la Birmania del Norte. — Razas. — Traje. — Adornos. — Tatuaje. — Armas. — Actividad económica. — Familia. — Fraccionamiento político.

Desde el Himalaya del Este hasta el límite oriental de la Indo China y de las montañas que encierran el curso central del Irawadi, del Salwen y del Menam, hasta en las provincias chinas de Kuan tung, Kueit-chu, Kuang si, Setchuán y Yunnán, habitan pueblos de aspecto mogol ó malayo, que parecen ser oriundos ó afines de la raza chan, cuya única fracción independiente, bajo el concepto político, son hoy día los siameses, mientras que existen tradiciones de un gran Estado Tai en la India posterior del Norte ó en la China del Sud. Desde Oeste á Este los pueblos más importantes de este grupo ampliamente fraccionado son, además del siamés, las siguientes tribus del Assam Nordeste: aka, daphla, miri, bor-abor, midchi y michmi; luego las tribus de la frontera indio-birmánica, garo, khassia y naga; en Birmania los chanes, que formaron, en otros tiempos, nueve Estados en el Yunnán; los lolos, los mias y otras pequeñas tribus que han formado la provincia menos china del imperio, en la que todavía poco puede la autoridad de los distritos chinos.

Muchos de estos pueblos ocupaban anteriormente un territorio más vasto. Se supone generalmente que la China antes de llegar á ella procedentes del Norte sus actuales habitantes, estuvo habitada por pueblos de razas tibetanas, birmanas y siamesas, todas las cuales fueron sometidas ó rechazadas por los invasores; las que quedaron adoptaron poco á poco la lengua y los usos chinos. En las montañas inaccesibles, solamente se encuentran pueblos independientes, que ahora se pueden dividir en tres grupos principales: los sifanes, pueblo de raza tibetana en la frontera del Kanú; los miaotses, que pertenecen á los pueblos de Tai, en las montañas situadas en medio de las provincias de Setchuán, Yunnán y Tibet, y también en las partes más ásperas de otras provincias del Sud; los lolos, pueblo birmano en la cordillera del Yunnán. Los chinos llaman laos y lava á unos pueblos numerosos de la frontera Sudeste de Yunnán, y á los birmanes lava-min. Los nombres miaotse y lolo tienen cierto parecido con los de los mutsa y laulau, tribus salvajes que habitan cerca de Kiangtung. De la historia del viajero chino Matuantín se pueden sacar las siguientes noticias sobre las razas del Sud. Primero había los liaos, sin cultura, rudos, pero débiles, los cuales habitaban Setchuán, el Kansu del Sud y hasta el Chensi del Sudoeste. Pronto desaparecieron expulsados por los panhus que se esparcieron desde el grado 105 hasta 111 de longitud Este, y desde las montañas de Nankín hasta las fronteras de Hunán y Chensi. En el siglo v de nuestra era, los panhus poseían nada menos que 80.000 poblaciones entre ciudades y aldeas. Se cuentan cosas maravillosas de su fuerza y destreza. Los linkuinlonges de Hupe, que probablemente fueron sometidos en el cuarto siglo, desaparecieron

completamente. Es imposible fijar el número de estos pueblos, pues los chinos no los comprenden en su censo; sólo se puede afirmar que han acabado de representar un papel político. Aun residen en varias provincias, donde ni los soldados ni los mercaderes se atreven á abrirse paso, por lo cual son aquéllos un obstáculo para el tráfico. No es, pues, de extrañar que las provincias del Sud se sublevaran en un principio con tanta frecuencia contra los mandchúes, aunque no tengamos pruebas seguras de que dichos indígenas tomaran parte en los motines. Ahora la mayoría paga tributo á los chinos que le imponen reyes sin autoridad y se contentan con la sumisión aparente, dejándoles una verdadera independencia; á los chinos les basta arruinarlos por medio del comercio y de la usura. Duhalde dice: «Desde que los chinos edificaron en Yunnán algunas fortalezas y ciudades en las llanuras incultas, después de haber dado algunas batallas, prefirieron someter estos pueblos concediendo á sus jefes los sellos y los honores de mandarines. Hicieron sin embargo esta concesión con la condición de que estos dignatarios reconociesen al emperador como soberano y se dejasen regir por la administración de la provincia en la cual moraban, como los mandarines chinos del mismo rango; además debían prestar vasallaje al emperador relativamente á sus tierras, en las que no podían ejercer jurisdicción alguna sin su consentimiento; el emperador se obligaba, á su vez, á conceder al heredero las mismas tierras. Entre los miaotses, cuya sumisión no ha sido tan absoluta, las condiciones son algo diferentes: se les considera como sometidos mientras estén tranquilos; pero si cometen actos de violencia, se les relega á sus montañas, aunque sin tratar tampoco de perseguirlos. El virrey los cita á que se presenten por medio de diputados, pero ellos obedecen ó no la intimación.»

Hoy día sucede casi lo mismo que hace 200 años. Ahora el gobierno es algo más débil y sufre de aquellas razas montañosas bastantes molestias. Según relatos modernos, las razas montañosas, en una gran parte del Setchuán occidental, pagan tributo al emperador y están en el mejor camino para llegar á ser verdaderos chinos. Muchos usan la trenza, símbolo de sumisión; la lengua y el traje chinos se van introduciendo cada vez más y las mujeres tan sólo conservan ciertas singularidades, que afirman su origen extranjero. Los zandis de Tatsianlú se citan entre las razas absolutamente independientes lo propio que los lutsus que moran en Atenze. Dependientes son los yatsus, leisus y mosos. El número de los independientes es escaso: 1.200 hombres capaces de llevar armas entre los yatsus. Al contrario, las razas dependientes son muy numerosas, pero van perdiendo progresivamente su carácter, pues la lengua y la civilización chinas hacen desaparecer poco á poco su originalidad. Se enseña á leer y escribir solamente en chino, lo que hace desaparecer la antigua lengua birmana. Lolo más pronto que el mismo trato con los chinos. Ya se han mezclado en algunos puntos las sangres china y lolo; en Atenze, el primero de los ancianos paga un tributo anual al gobierno chino, y el mandarín sólo puede juzgar delitos capitales. Hay muchos dialectos formados de la lengua china y del lolo. Otras razas tenían también la obligación de pagar tributos, y el mandarín del distrito más próximo podía sólo juzgar los delitos capitales. La causa de esta especie de sumisión fué la rebelión mahometana en el vecino Yunnán, pues algunas razas se armaron contra los mahometanos en defensa de los chinos.

Estos pueblos han conservado cierta importancia en la Indo China septentrional. Allí habitan los chanes, desde el valle de Asam hasta Cambodja y desde Manipur hasta Yun-

nán, y se fraccionan en muchas tribus en el territorio limítrofe de China, Birmania y Siam, gobernadas por príncipes y dependientes *pro forma* de algunos de los grandes Estados vecinos. Una gran parte de ellos está nominalmente bajo la soberanía birmana, y forman la provincia Laos de los antiguos geógrafos. En el Yunnán del Sudoeste habitan las tribus súbditas de la China, y en el Siam del Norte las que están sometidas al gobierno siamés. Su territorio es montañoso y abraza el curso superior del Irawadi, Salven, Menán y Mecong, los ríos más importantes de la Indo-China. Estos pueblos están un poco más adelantados que lo suelen estar las tribus fraccionadas que habitan en cordilleras inaccesibles. Gran parte de la industria y del comercio de la India posterior está en sus manos. Los chanes cultivan el algodón, que exportan á Birmania, los palunges son grandes cultivadores de te. Kianghung produce y exporta á China considerables cantidades de esa planta y del país de los llamados carios rojos, que no deben confundirse con los pueblos carios del Tenaserim. Dice Richardson que hay dilatados valles en donde se cultiva el te hasta las cumbres de las montañas, y que hay caminos que se cruzan en todas direcciones.

La influencia china, muy eficaz en la civilización de estos pueblos montañoses, aunque sólo por medio del comercio y del tráfico, se demuestra tan claramente en algunos de ellos como entre los pueblos medio independientes del Yunnán y Setchuán. Por ejemplo, Kianghung paga tributo á Birmania, pero está mucho más cerca de la influencia china; la nobleza habla, viste y vive como los chinos. Considerables exportaciones de algodón y te se efectúan por mediación de muchos mercaderes chinos que llegan allí cada año y atraviesan todo el país. En efecto, los chinos ejercen una inmediata influencia, mantienen allí un enjambre de empleados y recaudadores que reciben directamente 65  $\frac{1}{2}$  kises de plata y 560 cargas de te, y otro impuesto sobre la cosecha del trigo. Un frecuentado camino hasta el Norte de Siam atraviesa este territorio. En la ciudad de Kianghung, que cuenta 400 casas, el palacio del príncipe es de arquitectura enteramente china. Otro tributo paga Kianghung: 5.000 hombres para la milicia, exigidos por Birmania.

No todas estas tribus montañosas son antiguos habitantes rechazados, y de todas maneras ninguna de ellas lo es exclusivamente. En la China y en la India posterior se ha mezclado con ellas algún elemento político y social extranjero. En la China hay una ley que concede recompensas á los salvajes cuando entregan chinos refugiados. La tradición de algunas tribus de la India posterior, la cual dice que son una división de un ejército chino, ó la de los carios de Birmania, que pretenden ser oriundos de la China del Sud, quizás no sean del todo infundadas. Margary suponía que los payis de la frontera Sudeste de Yunnán, que encontró en su desdichado viaje, eran una mezcla de indígenas chanes ó loos con chinos inmigrados cinco siglos antes. Son menos chinos que los chanes puros de Bhamo, que hablan el dialecto de Yunnán, y forman hoy día tres pequeños principados bajo el gobierno chino. Finalmente estos pueblos han experimentado muchos cambios de territorio. La tribu mikir de los khassias ha pasado de sus residencias más meridionales en Katchar á la actual de Assam.

Los akkas son considerados como un pueblo chan. Las mezclas arias en la lengua gara indican relaciones íntimas entre los garos antiguos y los pueblos de la llanura. Los carios birmanos, los akkas de Assam, los palunges y los luchais se distinguen por su cuerpo robusto, el cabello liso y su sinceridad y honradez. Más varoniles son sus hombres

que los chinos, y más activas las mujeres. Su agricultura es floreciente, su industria animada, la ceremonia del matrimonio sencillísima, sus casas de tipo malayo, y creen en la inmortalidad del alma.

Por lo que se refiere al traje, llevan un delantal adornado de conchas. El nombre *lyntea* de una tribu gara parece derivarse de la palabra desnudo. Cuando hace frío y cuando son ancianos, los garos se cubren la parte superior del cuerpo ó con una manta de lana ó con una túnica sin mangas. Los akkas del Norte de Assam llevan mantones con largas franjas. Las mujeres nagas usan una basquiña y un pañuelo que les cubre el pecho. Entre los pueblos chanes de la Birmania septentrional predomina el traje completo birmano. Una fracción de los palunges lleva pantalones, y entre los varios nagas hay unos que van vestidos y otros desnudos. Los miaos, cuyo traje no es enteramente igual al chino, llevan una chaqueta corta con mangas estrechas y holgados pantalones, siendo los colores preferidos el azul oscuro y el negro. El traje de las mujeres consiste en una falda de muchos pliegues, que les llega á las rodillas; se anudan en las piernas vendas dándolas muchas vueltas y á estas prendas se agrega una chaqueta de mangas estrechas. Llevan además un delantal por delante y por detrás, y á veces tres, uno encima de otro. Las mujeres miaos se ponen faldas muy largas y se envuelven la cabeza con un pedazo de lana negra. Las chaquetas son cortas y bordadas. Un sombrero de corteza reemplaza en todas esas tribus el gorro tibetano y el turbante indio.

Las tribus del Himalaya oriental llevan collares de dientes y de frutas parecidas á las avellanas, anchas ajorcas de latón en los brazos y en las piernas, pendientes de plata, y los miaos también brazaletes y collares de plata. Los varones nagas se adornan con una concha grande sujeta al cuello por medio de una cinta de algodón.

Casi todos se pintan el cuerpo. Entre los khaios de Arakán, la tradición refiere que las doncellas usaban este tatuaje para hacerse repulsivas á los mogoles, que exigían como tributo algunas jóvenes del pueblo. Hombres y mujeres se recogen el cabello formando con él un moño detrás de la cabeza. Las mujeres de la tribu de los kateos llevan un pañuelo estampado, atado á la cabeza con cintas encarnadas y blancas.

Las armas de las tribus del Himalaya oriental son muy variadas. Las de los akkas consisten en arcos de gran tamaño con flechas envenenadas; las de los nagas en escudo, espada, jabalina y hacha, y sujeto por detrás á la cintura un *dao*, que es á la vez hacha de combate y segur de leñador. Los singfos y los cacias llevan una espada larga sujeta con una corta correa debajo del brazo, y como arma defensiva un escudo de la altura de un hombre, y de 50 á 60 centímetros de ancho, cubierto con la piel sin curtir de algún animal salvaje. El guerrero naga se adorna con plumas y pañuelos con franjas y muy á menudo con un yelmo fantástico. Los chanes fabrican fusiles y los cacias, que se los compran, saben hacer pólvora.

La agricultura es la ocupación de todos estos pueblos, pero los chanes cultivan con especialidad en la Birmania del Norte te y algodón, y los lilunes de Kuantung opio para el comercio. Poco desarrollada está la cría del ganado. Los khassias comen pollos y desprecian los huevos, los cuales sirven tan sólo para la adivinación: los tiran al suelo, y prevén el porvenir por la forma de los círculos que resultan al desparramarse la yema. Los alimentos principales son el arroz, la carne y los pescados. Como los miaos viven entre chinos observan naturalmente el mismo régimen alimenticio que éstos. Las tribus del Himalaya orien-

tal acostumbran á masticar betel. La bebida favorita es el aguardiente de arroz. Brounton describe un banquete de los miaos de Yunnán, que beben mucho vino y mucho aguardiente. Dicho viajero se quedó atónito al ver la cantidad que apuraban. Un hombre estaba continuamente ocupado en llenar copas, y las iba presentando por turno á los convidados que las debían vaciar. Cantaban mientras tanto y las equivocaciones ó desentonos se expiaban bebiendo un vaso de vino. Entre las razas montañosas de China se propagó rápidamente la costumbre de fumar opio.

Los chanes birmanos son acaso los hombres más industrioses entre esas razas. Los objetos de hierro que fabrican pasan á la China. Los lavas exportan algodón, hierro y estaño, los singfos oro. Excelente es el acero calamitado de los khassias. Los abores llevan á Sudhya almizcle y un veneno violento para las flechas. Una gran parte del tráfico del Yunnán lo hacen los chanes chinos y birmanos, que atraviesan las montañas formando caravanas á caballo. Los chopstic-chanes son célebres comerciantes.

El sistema de edificar sobre estacas es el dominante entre muchos de los citados pueblos, lo propio que en el valle del Irawadi. Allí es costumbre que todos los solteros jóvenes duerman juntos en una casa especial. Las casas de los príncipes garos miden 80 metros de largo, y el techo descansa sobre columnas talladas. El material de construcción es principalmente el bambú; para defender sus moradas usan empalizadas y entradas secretas.

Por lo general, estas razas habitan regiones poco pobladas ó casi inaccesibles, con preferencia las alturas de los montes. Los sifanes fueron rechazados á los montes por los chinos, y estos últimos fundaron nuevos establecimientos en el territorio ocupado. La mayoría de las ciudades en Kuei-tchu, dice Margary, se han convertido en aldeas, y los miaos, que habían bajado de sus montes pacíficamente, vivían entre las ruinas de sus propias moradas. En Setchuán los chinos se casan con mujeres mantses, pero no las chinas con varones mantses.

Hoy día se reconoce aún en la Mandchuria á los descendientes de los revoltosos procedentes del Yunnán; así se distinguen las poblaciones del Sud de la China de los verdaderos chinos. La mirada salvaje de los habitantes del Kuei-tchu, el espíritu democrático del pueblo en Setchuán, los colores vivos del traje usado en el Yunnán, demuestran la influencia extranjera que ha experimentado el elemento chino.

La vida de familia entre las tribus del Himalaya oriental es un conjunto de costumbres primitivas. La libre elección determina los matrimonios, solemnizados con una fiesta y consagrados con el sacrificio de un gallo. Los ricos son polígamos. El adulterio es severamente castigado. Entre los akkas heredan los hijos, que deben mantener á las mujeres de la familia; entre los garos heredan las hijas. La mujer está obligada á trabajar en el campo y en la casa. Los jóvenes de ambos sexos se conocen y tratan sin intermediarios, entablando especialmente sus relaciones con ocasión de los mercados que se celebran en la primavera en los patios de los templos. Los jóvenes siguen á las muchachas que miran las mercancías; cada cual, sin ceremonias, traba conversación con la que más le agrada y le hace una demanda de matrimonio. Si ella acepta, la boda queda hecha y la pareja penetra en el interior del templo para adorar á la divinidad del santuario. Luego el marido acompaña á la recién casada á la casa de sus padres, donde se extienden las actas. Las fiestas de boda duran seis días. Regálase el primer hijo á los padres del esposo, el segundo á los de la esposa. El marido mora de 7 á 10 años en la casa de